

dejar tiempo suficiente a las inspiraciones de la clemencia, se acordara un plazo de treinta días entre cada sentencia capital y su ejecución. Otra ley determinó que las palabras injuriosas contra el Emperador no fuesen castigadas mientras el Emperador no lo decidiera formalmente en cada caso particular. Además, la herencia de los condenados a muerte se reservó para sus parientes más cercanos.

Pero el triunfo mayor del cristianismo sobre la pasión predominante de la sociedad pagana consistió en la abolición de los combates de gladiadores. Hubo que dar numerosos golpes para derribar tan monstruosa institución. Ya la había prohibido Constantino en el año 325, pero tuvo que volver a tolerarla; Valentiniano, con mano tímida, sólo limitó sus excesos; Teodosio no se había atrevido a abolirla, y, mientras que el cristiano Prudencio dirigía en vano sus reclamaciones a Honorio, el pagano Símaco daba al mundo el escandaloso espectáculo de suntuosas repeticiones de las luchas de gladiadores para celebrar la pretura de su hijo. Sin embargo, un siglo después de la iniciativa de Constantino, la ley triunfó sobre las costumbres, no sin que fuera necesario el generoso sacrificio del monje Telémaco, quien se arrojó entre los combatientes, y cuya sangre fué la última derramada en el anfiteatro. Finalmente, la libertad humana fué declarada imprescriptible, quebrantando así el principio de la esclavitud y creando un modo nuevo de manumisión que se puso bajo la protección de la Iglesia, y cuyas ceremonias tenían lugar en los templos en presencia del obispo respectivo. Era muy digno del cristianismo presidir actos de este género, y su espíritu se revela también en la disposición legal que, por rara excepción, los autorizaba aun en los domingos, puesto que la caridad no tenía días de descanso.

Estas conquistas parciales realizadas por la idea cristiana en el campo de la política no deben, empero, engañarnos, pues el Imperio no se convirtió; se mantuvo pagano, aunque con Emperadores cristianos, con poblaciones cristianas y con legislación cristiana. Es cierto que revistió las apariencias del cristianismo, pero no dejó que el espíritu de éste penetrase en su corazón; allí continuaba viviendo el antiguo principio pagano, que era, propiamente hablando, el alma del imperio; allí la idea de la divinidad del Estado y, como corolario, la de la omnipotencia ilimitada del soberano, conservaba toda su autoridad sobre los espíritus y no cesaba de dirigir la vida de la sociedad política. Atrincherado en el trono imperial, el cesarismo no se dejó desalojar de esta posición suprema, desde donde te-

nía en sus manos al mundo y en donde los mismos Emperadores cristianos eran sus cómplices o sus víctimas; al igual que sus predecesores paganos, sucumbieron éstos al encantamiento de esa voz tentadora que les decía: "¡Seréis semejantes a los dioses!" Se prestaron, complacidos, a las apoteosis; no rechazaron la deificación, y frecuentemente se ofrecieron ellos mismos a la adoración de los pueblos. Mirad los actos oficiales de los Emperadores cristianos subsiguientes a Constantino, prestad atención al lenguaje con que permitían ser tratados, estudiad el espíritu de la etiqueta de su corte, y os creeréis en plena sociedad pagana, sin que nada os permita adivinar que esos soberanos inclinan su frente, como un súbdito más, ante la celosa majestad de Dios.

Es que el Emperador también es dios; hace resonar en todas sus constituciones los títulos sacrílegos que le había legado la tradición oficial; extiende los calificativos de *divino* y *sagrado* a todo lo que se refiere a su persona, y parece como si no comprendiera que, al profanar así los nombres más augustos que puede expresar la lengua humana, injuria a la vez a la santidad del Dios a quien adora y a la libertad del pueblo al que dirige. Es verdad que no eran más que fórmulas, y puede concederse que a la larga hubieran perdido su significación primitiva para convertirse en frases enteramente inofensivas el día en que el espíritu del poder imperial hubiera dejado de corresponder a ellas. Pero los Césares no lo entendieron así; el poder absoluto que se atribuían con esas palabras era a sus ojos una realidad, y su conversión al cristianismo no debía menoscabarla; parecían no haberse dado cuenta de la transformación que este poder necesitaba sufrir entre sus manos, si es que querían ser verdaderos cristianos; no comprendían la oposición radical que había entre la política pagana, que les entregaba los cuerpos y las almas de sus súbditos, y la doctrina cristiana, que sustraía a su autoridad el sagrado dominio de la conciencia; no dudaron ni un momento que tenían sobre la nueva religión todos los derechos que habían tenido sobre la antigua: habían sido los pontífices supremos de aquella y querían serlo también de ésta.

La historia está llena de estas distracciones de déspotas que olvidan a cada instante que el mundo ha cambiado, y que el cristianismo, al proclamar la emancipación del alma humana frente al Estado, ha puesto término a la misión religiosa de los Césares. No cabía en sus cabezas la idea de que pudiera haber algún derecho no implicado en el título imperial; la noción de una sociedad espiritual independiente de su autoridad y gobernada por sí sola, gracias a su

carácter de delegación divina, era, de todas las nociones cristianas, la más incomprensible para el romano auténtico, y puede asegurarse que los Emperadores jamás la comprendieron. Para ellos, la Iglesia formaba parte del Estado, y, por tanto, estaba a sus órdenes; se indignaban de que no se quisiera reconocerlo, y toda resistencia a sus caprichos les parecía ingratitud y rebeldía. ¿Acaso la habían honrado, protegido y elevado a la dignidad de institución oficial para recibir en pago de tantos beneficios una oposición que jamás les hubiera hecho la religión pagana? Para ellos ni siquiera tenía el derecho de discutir los límites de la obediencia que les debía. *Mi voluntad suple a los cánones*¹, contestaba ingenuamente Constancio a los prelados que invocaban las leyes de la Iglesia para no suscribir una decisión injusta. Era la traducción fiel del principio de Ulpiano que decía: *Quod principi placuit legis habet vigorem*.

Hay que darse cuenta del ascendiente de este prejuicio sobre el espíritu de los Emperadores cristianos, si se quiere comprender algo de su conducta para con la Iglesia. Se impusieron a ella como papas laicos cuyos títulos eran indiscutibles y que, por otra parte, sólo querían hacer uso de su autoridad en bien de aquélla. No puede negarse que pusieron mucho celo y ardor en desempeñar el extraño pontificado que ellos mismos se habían atribuido; se tomaron mucho trabajo en esta tarea detestable, y más de una vez descuidaron los asuntos del Estado para enredar los de la Iglesia; nombraron y depusieron obispos, crearon patriarcados, convocaron concilios, fijando sus puntos de discusión y dictando y obligando a firmar a los confesores reunidos fórmulas fabricadas bajo sus auspicios; hasta llegaron a publicar, en virtud de su autoridad imperial, símbolos que impusieron a sus pueblos como regla única de su fe, la que sólo se mantendría mientras satisficiera a su capricho imperial. En cuanto los Emperadores se hicieron cristianos —dice un cronista del siglo v—, todos los asuntos de la Iglesia cayeron en sus manos².

No hay que decir que la Iglesia no podía aceptar semejante servidumbre respecto a sus nuevos fieles; la resistencia era obligatoria para ella, y, por tanto, no se hizo esperar la reanudación de las hostilidades. La Iglesia podía mirar sin temor el resultado del conflicto con adversarios que ya había vencido y a los que había impuesto, en señal de su triunfo, la librea de Dios, aunque las condiciones de la lucha eran peores para ella, ya que ahora los enemigos estaban dentro de sus santuarios y eran más numerosos que nunca. Desde los

¹ SAN ATHAN., *Histor. arian. ad monach.*, c. 33 y 34.

² SOCRAT., *Hist. eccl.*, V, *proem. in fine*.

días de Constantino, la Iglesia, triunfante y glorificada, había visto acudir a ella a multitud de esas almas venales a las que atrae la victoria y que se convierten en embarazo u oprobio para el vencedor; en vano había corrido el agua bautismal por la frente de esos neófitos equívocos, que conservaban y contagiaban en torno suyo la corrupción del espíritu y del corazón, triste legado de la sociedad romana, y se encontraban incómodos en la austera milicia de Jesucristo. Eran espíritus soberbios humillados por no tener en la Iglesia otros derechos que la plebe de los pobres y de los humildes; algunos eran retóricos y sofistas, indignados por la fijeza inmutable del dogma cristiano que los encadenaba en los límites odiosos de la verdad; otros eran viciosos empedernidos cuya vida era una protesta diaria contra las prescripciones de la moral evangélica. Todos ellos, que sólo eran cristianos a regañadientes, aguantaban con disgusto el yugo de la Iglesia, y encontraban en la herejía la única forma soportable de cristianismo. Hubo, así, tantas herejías como pasiones humanas; a cada vicio y a cada error correspondía cierto grupo de sectarios que, ocultos en la sociedad religiosa, minaban pérfidamente los puntos más esenciales de su doctrina o de su moral. Todos los elementos impuros que se habían visto llevados hacia la Iglesia por la corriente de la opinión pública, tomaban ahora su desquite fomentando en ella perturbaciones.

Por representar mejor el carácter de esta reacción pagana interior, el arrianismo fué la más popular y duradera de todas las herejías. Su éxito fué extraordinario: no existía en ninguna parte y, de repente, estalló por doquier, como si las tendencias a que apelaba no hubieran esperado más que esa consigna para manifestarse simultáneamente y obrar de acuerdo. Su base era enteramente racionalista; burlándose de la tradición y de las enseñanzas de la Iglesia —dos autoridades supremas para el creyente—, invoca la razón individual, se apoya sobre el raciocinio, combate el dogma a fuerza de silogismos, y suplanta a las luces de la Revelación con los ensueños y locuras de la inteligencia humana. Toda la sutileza ingeniosa del espíritu griego y todo su desprecio insolente de los principios inmutables de la verdad se encuentran en sus medias palabras, en sus reticencias, en sus equívocos, en sus fórmulas elásticas y en sus dogmas vagos y ondulantes. La mayoría de sus jefes son descendientes legítimos de retóricos y de sofistas nutridos exclusivamente con materiales de la Antigüedad profana y más familiarizados con las *Categorías* de Aristóteles que con la Sagrada Escritura, y más versados en las obras de Euclides, de Galeno o de Teofrasto, que en las de

los Padres de la Iglesia ¹. Dotados de superabundancia de palabras y de erudición falaz, los doctores del arrianismo podían estar seguros de deslumbrar a un auditorio siempre dispuesto a pasmarse de admiración ante el primer artista que les hablase; conocían, además, admirablemente el arte de manejar a espíritus volubles y superficiales, como lo eran en su mayoría los que habían respirado el aire del helenismo; los adulaban llamándolos a tomar parte en la formación de la teología; exponían su doctrina en canciones y estribillos al alcance de las masas ², a las que inspiraban desprecio profundo por las inteligencias vulgares y pesadas que aceptaban sin discusión doctrinas hechas sin su concurso.

Su éxito fué grande en los ambientes mundanos; el profesar el arrianismo era prueba de cultura intelectual. ¡Con qué sentimiento altanero de compasión debían mirar a la sociedad religiosa de entonces, ya que, gracias a una de sus maniobras sabias, habían llegado a alterar su fe y a arrastrarla al error sin que se diera cuenta de ello! Estos maestros charlatanes conocían a fondo el arte de deslizarse pérfidamente en una fórmula ortodoxa, mediante cambios apenas perceptibles, la esencia misma de la herejía, y de trastornar radicalmente, añadiendo o quitando una sola letra, nociones fundamentales acerca de la naturaleza del Verbo y de la Trinidad. Transformar el *ὁμοούσιος* del Concilio de Nicea en *ὁμοιοούσιος*, o el *γεννημένος* aplicado al Verbo, en *γεννημένος*, ³, era bien poco, según ellos, pero en eso consistía precisamente el triunfo del arrianismo: en ocultar bajo apariencias de futilidad la gravedad de los ataques que dirigía a la doctrina cristiana. “Cuestión de palabras”, respondían a los que protestaban contra sus falsificaciones, con lo que los necios estaban siempre dispuestos a achacar a la ortodoxia la responsabilidad del escándalo que causaban estas discusiones acerca de una *iota*.

Indiferente en el fondo a toda doctrina, y pasando con igual facilidad de una a otra, según las necesidades de cada momento, el arrianismo no tenía fijeza más que en un punto: en su repudio de la autoridad de la Iglesia; suscribía alternativamente los símbolos más opuestos, sin perjuicio de separarse más tarde de ellos por medio de interpretaciones sutiles, pero sin cesar de oponerse con frenesí contra la fuerza que mantenía la unidad y estabilidad de la doctrina

¹ EUSEB., *Hist. eccl.*, V, 28; Socrat., obra citada, II, 35 y 46; IV, 7; V, 24; VI, 22 y VII, 7.

² SOCRAT., obra citada, VI, 8.

³ La primera de estas alteraciones, al suplantarse la *consustancialidad* por

una mera *similitud de sustancia*, suprimía de golpe el dogma de la Trinidad; la otra, al poner un Verbo *creado* en lugar de un Verbo *engendrado*, negaba por lo mismo su divinidad. ¿Qué quedaba, pues, del cristianismo?

en el seno de la comunión cristiana. Nunca se resignó a reconocer a la Iglesia como sociedad independiente, con derecho a gobernarse por sus propias autoridades y a mandar sobre las inteligencias; su verdadero carácter se reconoce en la oposición radical que no cesó de hacer al principio cristiano de la distinción de los dos poderes. La abyección de los arrianos frente al Emperador fué tan grande como su insolencia respecto a la Iglesia; aquél continuó siendo para ellos lo que había sido para sus súbditos paganos: un dios hecho carne, fuente de todos los derechos, y no temieron, como hizo Eusebio en su indigna *Vida de Constantino*, concederle honores de verdadera apoteosis. La autoridad religiosa que rehusaban a la Iglesia se la reconocieron a él sin discusión alguna: hicieron de él el jefe supremo de la sociedad cristiana, y le saludaron con el título sacrilego de *Obispo Universal* ¹ “¿Cómo —exclamaban con ironía triunfal los defensores de la ortodoxia— negáis la eternidad del Verbo Hijo de Dios, y tratáis al Emperador de *Señor eterno*?” ² Pero este retroceso liso y llano hacia la tradición pagana era precisamente la esencia del arrianismo; para él no existía poder espiritual, no había más que la autoridad absoluta de los Emperadores, dictando a la conciencia cristiana leyes que cambiaban a medida de sus caprichos, y cortando a sablazos las controversias dogmáticas. Quizás esto resultaba duro a veces, pero al menos se había sacudido el yugo de la Iglesia y nunca se pagaría demasiado cara la emancipación del espíritu humano.

Tal fué la resurrección del cesarismo pagano bajo los auspicios de la herejía arriana. Inútil es decir con qué simpatía acogieron la mayoría de los Emperadores los avances de la secta que les ofrecía un cristianismo domesticado, incapaz de molestar su ambición; tanto ellos como sus eunucos gustaban íntimamente esta religión palaciega que se prestaba con tanta solicitud al yugo de la servidumbre. Por otra parte, encontraban entre los prelados arrianos personajes obsequiosos, llenos de respeto hacia la púrpura imperial, y que no se permitían, como los obispos católicos, la importuna distinción entre los derechos del César y los de Dios. Por todo ello, el arrianismo fué patrocinado por los primeros sucesores de Constantino como la verdadera forma de la religión cristiana, y no dependió de ellos el que no suplantase a la fe ortodoxa en todo el imperio.

La Iglesia conoció entonces por primera vez en cierta parte de sus miembros humillaciones que no había sufrido ni bajo los Emperadores paganos; sus obispos fueron transformados en empleados

¹ EUSEB., *Vit. Constantin.*, I, 44.

² SOZOM., *Hist. eccl.*, IV, 17.

revocables nombrados por el poder temporal; sus concilios fueron presididos por comisarios imperiales, y deliberaron, bajo la amenaza de las armas, acerca de fórmulas ya determinadas que se les enviaban desde la antecámara del palacio de Bizancio. La intriga dispuso a su antojo de las dignidades jerárquicas, y la palabra de Dios sólo llegó frecuentemente a los fieles a través de la boca impura de sofistas y cortesanos. La desgracia, el destierro y la prisión alcanzaron a los prelados que recordaron sus deberes, y que se consideraban felices cuando atroces calumnias, urdidas con arte infernal, no venían a ofrecer pretexto contra ellos a los rigores del poder o al odio del populacho.

A esta persecución sorda e hipócrita se unieron más de una vez las violencias. Bajo el reinado del Lábaro se vió correr de nuevo, como en los días de Diocleciano, la sangre cristiana, y las grandes ciudades presenciaron escenas escandalosas en que los fieles tuvieron que sufrir los mismos tormentos que durante los tres primeros siglos. Todos los enemigos del nombre cristiano se levantaban, llenos de esperanza, para participar en la guerra suscitada contra los verdaderos discípulos de Jesucristo. Para saber cuál de las dos confesiones había permanecido fiel a la doctrina del Evangelio, basta ver hacia qué lado se inclinaban, en aquellos debates que les eran extraños, los judíos y los paganos, guiados todos por el instinto infalible del odio. “¡Salud! Tú eres caro a Serapis”, exclamaban los paganos de Alejandría al obispo arriano Lucio, cuando hizo su entrada en esa ciudad; y ese grito resonó en la historia como la sentencia inconsciente, pero terrible, lanzada sobre la herejía arriana por sus propios aliados ¹.

Pero también fueron esta vez infructuosos los esfuerzos del Imperio; ahora que se sentía debilitado y que no combatía sino bajo disfraz, no podía éste creer que sometería a un enemigo al que no había podido exterminar en la época en que las fuerzas imperiales estaban en pleno vigor. Aquel mismo color de cristianismo con que cubría sus mejillas envejecidas era un homenaje permanente al principio victorioso cuya marcha intentaba estorbar. Es verdad que obtuvo éxitos parciales que le ilusionaron sobre el resultado final de su campaña; enervó en más de un punto la resistencia de la sociedad cristiana; produjo, como los perseguidores paganos, cierto número de desfallecimientos y de apostasías; aceleró en muchas provincias los efectos de la enfermedad moral que debía acarrear la desaparición del cristianismo y de la civilización, y en algunos mo-

¹ THEODORET., IV, 19.

mentos pudo vanagloriarse de haber tenido más éxitos que Decio y Galerio y de tener prosternada a sus pies a toda la Iglesia. Fué una hora sombría en la luminosa historia del cristianismo: bajo el reinado del tirano Constancio, con todos los obispos ortodoxos dispersados y desterrados, rotas todas las resistencias y sorprendidas todas las inteligencias, pareció apagarse el faro de la vida religiosa, y el universo, asombrado, según expresión de San Jerónimo, gimió de verse arriano ¹. Evidentemente, los que después de haber asistido a los lamentables episodios del concilio de Rímmini, veían ceder a un Osio y oían hablar de la defección del mismo Liberio, podían sentirse tentados de desesperar del porvenir de la Iglesia, pues jamás había sufrido su gloria un eclipse más humillante, ni nunca padeció su vitalidad ataque más cruel.

Pero, mientras el Imperio se abandonaba a la embriaguez de este triunfo efímero, la tierra se hundía bajo sus pies y sus propias raíces se secaban en el suelo. El paganismo, cuya expresión política era el Imperio, y sin el que no podía vivir, como el fruto sin el árbol que lo da, perecía rápidamente, y, por extraña contradicción, era el mismo Imperio el que le daba los golpes más crueles. Despojado del prestigio que le prestaba la majestad del poder público, el antiguo culto nacional no inspiraba ya sino disgusto y desprecio; la conciencia humana se sublevaba contra la inmoralidad de sus ritos sangrientos e impuros, y se avergonzaba de lo que había venerado durante tanto tiempo; la plena luz del día, penetrando bruscamente tras los polemistas cristianos en las tinieblas sagradas de los templos antiguos, ponía en descubierto la vanidad y la superchería del culto pagano. Las muchedumbres, desengañadas, entraban con la frente alta en estos santuarios antes tan temidos, y registraban aquellas divinidades ante las que se habían arrodillado tantas generaciones; encontraban ídolos rellenos de paja y de trapos, muñecos de madera cuyo interior estaba ocupado por telarañas y ratones, colosos huecos cuyos ojos se cerraban y se abrían mediante hilos, y en el interior de los cuales se introducían los sacerdotes para pronunciar, en nombre de los dioses, sus falaces oráculos. A todos estos emblemas ridículos u obscenos se los paseaba ahora en medio de la hilaridad general por las calles de las grandes ciudades de oriente, repitiendo con el salmista: “Los simulacros de los gentiles están hechos por la mano del hombre: tienen boca que no habla, ojos que no ven y oídos que

¹ S. JERONYM, *Dialog. adv. Luciferian.*, c. 19.

no oyen" 1. Entre las cumbres de los Alpes, los soldados de Teodosio se reían al arrancar los rayos de oro de la mano de Júpiter 2, y en Roma, en pleno templo de Vesta, las mujeres arrancaban los collares a la diosa para ponérselos en sus propios cuellos 3. Los paganos mismos prodigaron sus burlas a Juliano cuando se propuso restablecer los sacrificios; despreciaban a aquel matarife que, ceñido con un delantal ensangrentado, no dejaba de hurgar en las entrañas de las reses, y se burlaban de sus monedas, que representaban un altar con un toro tumbado sobre el lomo, símbolo —se decía— del mundo puesto patas arriba por el celo pagano del Emperador 4.

Corrida por los sarcasmos de la opinión, la religión agonizante se hundía más y más en el abismo de las prácticas supersticiosas, donde no era seguida sino por un grupo de fieles cada vez más pequeño y menos significativo. La teurgia suplantó al culto; la magia llegó a ser la forma más familiar de las prácticas religiosas, y el nombre más notable que el paganismo de esta época puede invocar entre sus autoridades intelectuales es el de Jámblico, en el que había tanto, por lo menos, de hechicero como de filósofo. ¡Hay que ver a qué sortilegios recurrió Majencio durante los últimos días que le separaron de la lucha suprema contra Constantino! Mientras en un lado se mantenía el entusiasmo sagrado por la oración y la confianza en Dios, en el otro se conjuraba a los espíritus, se hacía la disección de mujeres embarazadas, se degollaba a niños recién nacidos y se leía en las entrañas de las fieras 5.

El fin de este siglo ofreció un espectáculo idéntico cuando el último pretendiente pagano al Imperio, el retórico Eugenio, se atrevió a medirse con el victorioso Teodosio. Los políticos, cuyo instrumento era aquél, no conocían devoción más eficaz ni meritoria que la del *taurobolium*. (Es interesante explicar en qué consistía este acto solemne de un culto que iba a ser proscrito por las leyes.) Quien quería atraerse las bendiciones del *taurobolium* se acostaba en una fosa que se cubría con tablas llenas de agujeros, encima de la cual era degollado un toro, con lo que la sangre caliente del animal caía sobre el creyente, quien la recibía como prenda de purificación. De tal fosa innoble, en donde se administraba el bautismo de sangre taurina, salió un día, horroroso y manchado de sangre, el ilustre

1 EUSEB., *Vit. Constantin.*, III, 54-58; *De laud. Constantin.*, c. 8; SÓCRAT., III, 2, y V, 16; SOZOM., 11, 5 y VII, 15; THEODORET., V, 22; RUFIN., II, 22, 24 y 25.

2 S. AUGUSTIN., *De Civit. Dei*, V, 26.
3 ZOSIM., V, 38.
4 SOZOM., V, 19.
5 EUSEB., *Vit Constantin.*, I, 36 y 37.

Nicómaco Flaviano, orgullo y esperanza del partido pagano y que fué consultado por Eugenio y respetado por el mismo Teodosio 1.

Pero el paganismo no salió con él, pues le había llegado su última hora. No se había necesitado un siglo para aniquilarlo; en cuanto desapareció de las leyes, desapareció de los corazones. La conversión de Constantino le había dado el golpe de muerte; abandonado por los Emperadores, se vió en seguida traicionado por las multitudes que la víspera quemaban todavía incienso ante sus altares, y no fueron los perseguidores de los cristianos los últimos en sentirse tocados por la gracia. Desde mediados del siglo IV los ídolos sólo tenían adoradores en el campo, y se habían convertido en sinónimas las palabras *pagano* y *campesino*. Ninguna doctrina religiosa dió nunca caída más lamentable; ni un rayo de gloria consoló la agonía del paganismo; sus desgracias no suscitaron lágrimas, y expiró, en medio de la indiferencia del mundo, sin mártires y sin apologistas, en la fosa infecta en que prosternaba la dignidad de sus últimos hierofantes.

El cristianismo hubiera logrado triunfos muy fáciles si no hubiese tenido otros adversarios que exaltados como Juliano y Nicómaco; pero, aunque desapareció como religión, el paganismo sobrevivió, al menos en las capas superiores de la sociedad, como filosofía y como tendencia social. Se contentó con el carácter enteramente negativo de una especie de oposición filosófica, y se convirtió en la religión de todos aquellos que no tenían ninguna; bastaba no ser cristiano para pertenecer a él, y todo el que estaba fuera de la Iglesia era considerado por ello mismo como perteneciente al grupo de los últimos mantenedores del paganismo. Se comprenderá que tal grupo era menos considerable por el número que por el carácter y la posición social de sus miembros, y se veía obligado a gran circunspección frente a las creencias reinantes: se profesaba en él una especie de racionalismo moderado que afectaba imparcialidad serena respecto a los partidos religiosos y que huía de hablar sobre la naturaleza de la *Divinidad*, como se decía entre ellos. Por lo demás, gustaban de dar consejos de tolerancia y de moderación, que no debían escuchar sin ironía los nietos de los mártires.

En suma, la idea religiosa no atormentaba a los enemigos del cristianismo. La verdadera razón de la antipatía que sentían hacia él era en unos el amor a las letras y en otros el sentimiento patriótico. La literatura pagana conservaba gran ascendiente sobre las imagina-

1 Poema anónimo del siglo IV, publicado por Morel en la *Revue sechéologique*, junio de 1868.